

FR. JUAN DE TORQUEMADA, O.F.M.

Nació en España, hacia 1557. Murió en México, en el convento de Santiago Tlatelolco, el primero de enero de 1624.

Celoso misionero, escritor y constructor. Ocupó varios cargos en su orden, entre otros el de Provincial de la Provincia del Santo Evangelio.

Es autor de las siguientes obras: *Los veinte y un libros rituales, y Monarquía Indiana, con el origen y guerras de las Indias Occidentales, de sus poblaciones, del descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra distribuidas en tres tomos*. Compuesto por... Ministro Provincial de la Orden de nuestro Seraphico Padre San Francisco en la Provincia del Santo Evangelio de México en la Nueva España, (Sevilla 1615); *Vida del venerable Fray Sebastián de Aparicio* (Tlatelolco, 1600).

Ha sido estudiado por Andrés González Barcia en el Premio a la impresión de la *Monarquía* (1723); Joaquín García Icazbalceta en la Introducción a la *Historia Eclesiástica Indiana* de Fray Jerónimo de Mendieta, de la que hizo una reimpresión posterior en cuatro volúmenes Chávez Hayhoe; Luis González Obregón, *Elogio de Fray Juan de Torquemada* en *Ensayo Bibliográfico Mexicano del siglo XVII* de Vicente de P. Andrade, México, Imprenta del Museo Nacional, 1900. Alejandra Moreno Toscano "Vindicación de Torquemada", en *Historia Mexicana*, México, abril-junio 1963, p. 497-515 y Miguel León Portilla en la introducción a la antología titulada: Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*. Selección, introducción y notas... México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, XLIII-176 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario 84.)

Fuente: Fray Juan de Torquemada, O.F.M. *Monarquía Indiana*, 3 v., 3a. ed. México, D. F. Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1944. III-426-431.

FRAY PEDRO DE GANTE

El varón de Dios Fr. Pedro de Gante, fue natural flamenco de la ciudad, o Villa de Yguen, de la Provincia dicha Budarda. El cual, por huir los peligros del mundo y deleites de la carne, con que el demonio suele atraer y convidar a los mancebos al tiempo que les comienza a hervir la sangre, tomó en su juventud el yugo del Señor, recibiendo el hábito de Religión de nuestro Glorioso P. S. Francisco.

Esto hizo este apostólico Varón Fr. Pedro de Gante, comenzando desde su florida edad y tiernos años, a servir a Dios, asegurar más el fervor de su espíritu y tenerlo sujeto a la virtud, trocó el estado y hábito de Seglar en religioso, vistiéndose el de mi P.S. Francisco (como decimos) aunque por su suficiencia, pudiera ser del Coro, ordenándose de sacerdote, no quiso sino ser lego, por su grande humildad, en la cual mudanza, mostró bien ser Varón de mucha caridad, y maciza cristiandad, alumbrado por el espíritu de Dios, que a los soberbios resiste y a los humildes da gracia.

Morando, pues, en el Convento de Gante y oyendo la nueva que por toda la tierra volaba, como Don Fernando Cortés había descubierto y conquistado la Tierra Firme de la Nueva España, poblada y llena de gente bárbara e idólatra, fue movido, con espíritu de Dios, y salvación de las almas, y vino a ella en compañía de su mismo Guardián Fr. Juan de Tecto y otro religioso, como arriba se dijo. Era Fr. Pedro de Gante, muy ingenioso para todas las buenas artes y oficios provechosos a la humana y cristiana policía, y así parece que lo proveyó Nuestro Señor en los principios de la conversión de estos indios necesitados de semejante ayuda, para que los guiase e industriase, no sólo en las cosas espirituales de la salvación de sus almas, mas también en las temporales de la humana industria, que a los rudos abren los ojos del entendimiento, para entrar en las cosas del espíritu, conforme a lo que el Apóstol dice: *Prius quod animale, deinde quod spirituale*. Fue el primero, que en esta Nueva España enseñó a leer y escribir, cantar y tañer instrumentos musicales y la Doctrina Cristiana, primeramente en Tetzcuco a algunos hijos de principales, antes que viniesen los doce, y después en México, donde residió casi toda su vida, salvo un poco de tiempo, que fue morador en Tlaxcala.

En México hizo edificar la suntuosa y solemne Capilla de San Joseph, a las espaldas de la humilde y pequeña iglesia primera de San Francisco, donde se juntan los indios para oír la palabra de Dios y los oficios divinos, y enseñarse en la Doctrina Cristiana, los domingos y fiestas y recibir los Santos Sacramentos. También hizo edificar la Escuela de Niños, donde a los principios se enviaron los hijos de los señores de toda la tierra y ahora se enseñan los de la misma ciudad de México. Y junto a la Escuela ordenó que se hiciesen otros aposentos o repartimientos de casas, donde se enseñasen los indios

a pintar (como en otra parte decimos) y allí se hacían las imágenes y retablos para los templos de toda la tierra. Hizo enseñar a otros, en los oficios de cantería, carpintería, sastres, zapateros, herreros y los demás oficios mecánicos con que comenzaron los indios a aficionarse y ejercitarse en ellos. Su principal cuidado era, en que los niños saliesen enseñados, así en la doctrina cristiana, como en leer, escribir y cantar y en las demás cosas en que las ejercitaba. Y por el consiguiente que los adultos diesen cuenta de la doctrina y se juntasen todos los domingos y fiestas a oír misa y la palabra de Dios. Entendía en examinar los que se habían de casar y aparejar los que se habían de confesar y los que habían de recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Predicaba, cuando no había sacerdote que supiese la lengua de los indios, la cual él supo muy bien, puesto que era naturalmente tartamudo, que por maravilla los frailes le entendían, ni en la lengua mexicana, los que la sabían, ni en la propia nuestra. Pero era cosa maravillosa que los indios le entendían en su lengua como si fuera uno de ellos. Compuso en ella una *Doctrina*, que anda impresa, bien copiosa y larga. Instituyóles las *Cofradías* que tienen y fue siempre aumentando el ornato del Culto Divino, así en tener buena copia de cantores y ministriles, como en ornamentos para celebrar los Oficios Divinos en la Capilla de San Joseph y en andas, cruces y ciriales para las procesiones que no las debe de haber en tanto número en ninguna ciudad de la cristiandad.

En estas obras referidas y otras semejantes se ocupó este varón apostólico cincuenta años que vivió en esta tierra, con grandísimo ejemplo y honestidad de su persona y con una libertad muy apostólica, sin pretender otro interés, más que la Gloria, y Honra de Dios y edificación de las almas, mediante la cual fueron sin número las que ganó para Cristo, deseando con San Pablo ser anatema por sus hermanos los convertidos, oponiéndose en su defensa a todos los que los ofendían y maltrataban. Y porque no bastaría a un hombre haber ganado para Dios (como dice S. Pablo) todas las almas del mundo, si la suya estuviese en peligro y riesgo de perderla, procuraba, con la mayor fuerza de su espíritu, darse a él e invocar su Santísimo Nombre (en el cual todos somos salvos) y para acudir a estos ejercicios espirituales, cómoda y debidamente, tenía junto a la escuela, donde se enseñaban los muchachos una pequeña celda donde se recogía a ratos entre día, y allí

se daba a la oración y lección y otros ejercicios espirituales con que el alma se llega más a Dios y se hace una con él, por gracia: y partiendo el tiempo, dejaba el regalo de la comunicación con Dios y salía a ratos a ver lo que hacían los discípulos y otras gentes que tenía a su cargo.

Fue muy querido este Varón de Dios de esta nación india, lo cual se verificó en todo el discurso de su vida y fue muy estimado de ellos, porque siendo fraile lego y haber otros religiosos sacerdotes, grandes siervos de Dios y prelados de la Orden, que lo confesaban y predicaban, sólo conocían a Fr. Pedro de Gante, por particular Padre y a él acudían con todos sus negocios, trabajos y necesidades, y así dependía de él, principalmente el gobierno de los naturales de toda esta ciudad de México y su comarca, en lo espiritual y eclesiástico, tanto, que solía decir el segundo Arzobispo Don Fr. Alonso de Montúfar, de la Orden de los Predicadores: —Yo no soy Arzobispo de México, sino Fr. Pedro de Gante, lego de S. Francisco. Y a la verdad, aunque no lo era en la sazón, que el Arzobispo lo decía, lo pudiera haber sido antes en la vacante, por muerte de su santo antecesor Fr. Juan de Zumárraga si este bendito y humilde lego quisiera ordenarse de sacerdote porque el Emperador Carlos V, de gloriosa memoria, como era de su Patria y tenía entera noticia de su apostólica vida y veneración de su persona, lo estimaba en mucho, y le convidó con el Arzobispado de México, pero el religioso santo, huyendo esta tan alta dignidad, escogió permanecer en su estado humilde de lego, tomando el consejo del sabio que dice: Está firme en tu testamento, y en él conversa con todos, y envejecete en la obra de sus mandamientos, que es decir: No mudes propósito en el estado que escogieres para servir a Dios en él, antes con varonil firmeza, permanece en él.

Y aunque es verdad que pudiera pasar de un estado a otro, sin escrúpulo, por mandárselo así la obediencia, no quiso, porque la conciencia delicada y temerosa, no sólo huye del pecado, pero también de todas las ocasiones de él y tiembla, atemorizada en las cosas que no atañen su salvación. Viniéronle, en veces, tres licencias, sin procurarlas él ni saber de ellas para ordenarse sacerdote. La primera, de el Papa Paulo Tercero. La segunda, de el Capítulo General, celebrado en Roma, siendo Generalísimo de la Orden Fr. Vicente Lunel; porque oyendo su fama los padres que allí se juntaron, le pareció que tal varón no debía estar en estado de lego. La ter-

cera, de un Nuncio Apostólico, que estuvo en la Corte del César Carlos V y sería, por ventura, a contemplación del mismo César, que (según queda dicho) aun Arzobispo le quería hacer, y tomaría este medio para ejecutar su intento; porque siendo ya Sacerdote, fuera más fácil reducirlo a la aceptación del Arzobispado; mas todo esto desechó y no lo quiso el verdadero Siervo de Jesucristo, sólo por ganar a este mismo Cristo humilde; queriendo antes permanecer y quedar en su humilde y primera vocación, con que fue llamado de Dios al estado monástico.

Mostró muy tierno y singular amor a los indios naturales de aquella tierra; y porque tuviesen suficiente doctrina, escribió cartas a los religiosos flamencos de su Nación, exhortándolos a que viniesen a esta Nueva Tierra, a cultivar la Viña del Señor, que en aquellos tiempos estaba falta de obreros. También los naturales le tenían mucho amor a este Siervo de Dios, en especial estos de México, como lo mostraron claro, volviendo Fr. Pedro de Gante de la ciudad de Tlaxcala, donde por la obediencia había morado un poco de tiempo, para esta dicha de México, porque le salieron a recibir en la Laguna Grande de Tetzcuco, con una muy hermosa Flota de Canoas, haciendo una solemne fiesta, a manera de guerra naval, con sumo regocijo. Y de esta manera le metieron en la ciudad y todos sus moradores le acompañaron hasta dejarlo en el convento con muchas danzas y regocijos, que puso el caso en grande admiración a todos, sin ser poderoso el santo lego a disuadirlos ni apartarlos del recibimiento y juegos que para él le habían ordenado.

Trabajó el santo Fr. Pedro de Gante en esta Viña de Cristo, especialmente en los principios, quebrantando muchos ídolos y destruyendo sus templos: edificó más de cien iglesias, dentro de esta ciudad y fuera de sus alrededores, donde se invocase el nombre del verdadero Dios, que es una de sus mayores alabanzas y materia de grande merecimiento, por cuanto fue ministro de baldonar al demonio, destruyendo los lugares de su adoración falsa, y de poner, en lugar de ellos, las cosas santas, donde su Santo Nombre es alabado y en muchas de ellas hoy día se dice misa de ordinario, por asistir en ellas ministros eclesiásticos y en otras se dice algunas veces en el año y en muchas la mayor parte de él.

Bien creerá, quien conociere las astucias del demonio, que no dejaría de tentar a este bendito varón de muchas maneras,

para que vencido en una, recuperase parte del gusto, que siempre le quitaba, con la guerra continua que le hacía en derribarle sus templos y aperrear y derribar sus estatuas; pero como Dios era el Adalid y el Capitán de esta causa, aunque su varonil soldado obraba con su gracia estas victorias y por esto el demonio le perseguía y guerreaba, salía victorioso y triunfante de su malicia, pudiéndolo todo en Aquél que lo confortaba, como el Apóstol dice. Y aunque procuró tentarle de muchas maneras, como hemos dicho, su mayor tentación fue, quererse tornar a Flandes y dejar tan alta empresa, como tenía comenzada en esta grandiosa conversión: mas con la ayuda del Señor, que permite la tentación todo aquello que sufren las fuerzas del tentado y no más, venció esta tentación y fue quebrado, como dice David, el lazo de Satanás y el Siervo de Dios libre, según él lo confesó en una carta que escribió a los religiosos de Flandes.

No dejó de tener persecuciones este bendito religioso porque apenas se hallan gentes que sean de la valía de Dios y de su recámara que no hayan pasado por agua y fuego, como dice el salmista, bebiendo tragos de tribulación y angustia o ya con celos indiscretos de los que los persiguen o ya por testimonios falsos, que les levantan, que como son piedras para aquel celestial edificio que Dios ha levantado en su Real Palacio, valas labrando con la escoda y pico de la tribulación, para que asienten de cuadrado, en la parte que les cupiere de gloria: y así le sucedió a este bendito varón, y que aunque era de muy aprobada vida, tuvo sus persecuciones; y aun la ida a morar a Tlaxcala, no dejó de ser mordedura de alguno, que le mordió con rabia, atribuyendo al Siervo de Dios, cosa que no había cometido; pero mientras se declaró la verdad, bastó la calumnia y fue sacado de México y enviado al dicho convento de Tlaxcala, donde prosiguió en su ministerio, sin decaer un punto en su antiguo espíritu, así en las cosas de la caridad de el prójimo, como el aprovechamiento de la virtud; pero como después se supo su inocencia y se probó, por muchas maneras, fue vuelto a esta ciudad, donde era muy necesario y fue recibido en ella de la manera que dejamos dicho.

Llegó Fr. Pedro de Gante a los últimos años de su vida, que fueron muchos y adoleció de la enfermedad de la muerte, en la cual se dispondría, como aquel que en vida había cuidado tanto de morir bien. Murió en San Francisco de esta

ciudad, año de 1572, con cuya muerte sintieron los naturales grande dolor y pena y la mostraron en público; porque además de acudir a su enterramiento copioso concurso de ellos, con grande derramamiento de lágrimas, los más de ellos se pusieron de luto por él, manifestando el sentimiento que les causaba la falta de tan verdadero Padre. Y después de haberle hecho muy solemnes exequias, todos ellos en común, se las hicieron, en particular cada Cofradía por sí, y cada pueblo y aldea de la comarca y otras personas particulares, con largas y abundantes ofrendas, e hiciéronle su Cabo de Año, con mucha solemnidad. Fue tanto lo que ofrecieron por el Siervo de Dios Fr. Pedro, que hinchieron el Convento de San Francisco de México aquel año de Provisión y vituallas. Pidieron su cuerpo los naturales a los prelados de la Orden, para sepultarlo en su solemne capilla de San Joseph: concediéronselo y tiénelo allí el día de hoy, en mucha veneración y por mucho tiempo duró allí su figura al natural de pincel; y aún hasta ahora dura un lienzo, donde al pie de una cruz está el apostólico varón hincado de rodillas: y casi en todos los principales pueblos de esta Nueva España lo tienen pintado, juntamente con los doce primeros fundadores de esta Provincia del Santo Evangelio.